

VERDAD, FIDELIDAD Y PERSEVERANCIA

**Reflexión dominical de monseñor Rubén Oscar Frassia,
obispo de Avellaneda-Lanús para el programa radial
"Compartiendo el Evangelio"
19 de febrero de 2006, 7º domingo durante el año**

Evangelio de San Marcos 2, 1-12

La curación de un parálítico

¡Qué Evangelio hermoso!

Tenemos tres personajes importantes: primero el Señor, por supuesto; segundo, el enfermo-paralítico y luego estos hombres que son como los ángeles, como los intercesores, los que median entre Jesús y el enfermo.

Ellos tuvieron habilidad, creatividad, se dieron cuenta qué hacer, no se quedaron con la dificultad sino que la superaron, la afrontaron y siguieron insistiendo. Esto es importantísimo: la insistencia, la perseverancia, la reciedumbre, la fortaleza.

¡Qué cosa fuerte! Cuando uno tiene un ser querido enfermo, no tira la toalla y deja de luchar, sino que se mueve, hace trámites, hace esto, hace lo otro, reza, pide a los demás que recen, pide oraciones. Cuando uno ama no hay obstáculos que se interpongan al amor de Dios y al amor de las personas que uno quiere.

Jesús tiene una actitud extraordinaria al ver lo que está pasando. Aquí hay dos cosas importantes. La primera es de fondo: perdona los pecados y, claro, los escribas no podían soportar eso y dicen "sólo Dios perdona".

Y eso es lo que pasa pero todavía no se dieron cuenta: Jesús, no sólo es el siervo sufriente, sino que es Dios. ¡Sí, es Dios! Y como es Dios puede perdonar y perdona!

Dios no hace modificaciones externas, ¡cambia la realidad de esta persona que tenía pecado!, ¡le quita el pecado! ¡Hace nueva todas las cosas! No hay necesidad de agarrar cosas nuevas, usarlas y tirarlas. La presencia de Dios, porque es eterno, hace nuevas todas las cosas.

Ese pecado, que era rojo púrpura, está convertido en más blanco que la nieve. En esta persona, que tenía una actitud vieja, antigua, pecaminosa, embromada, el perdón es capaz de hacerla una nueva persona.

Hay dos cosas fundamentales: la primera es el perdón de los pecados y la segunda es la curación.

Ustedes deben hacer memoria de cuántas veces uno fue a pedir y suplicar el perdón a Dios, por medio del sacerdote, poniéndose de rodillas, presentando y confesando sus pecados. La alegría que después uno tiene en el alma, de haber sido perdonado por Dios a través de ese sacerdote. La alegría de volver a la familia, a su comunidad, a la Iglesia, restituido, readmitido, integrado, con nuevas relaciones, con nuevos vínculos, fortalecido. Estas cosas son maravillosas.

Estas cosas de Dios, son para las cosas de los hombres. Y es importante que nos demos cuenta cómo los demás podemos ayudar, igual que estos hombres ayudaron al parálítico. Cómo es importante que Cristo esté, y cómo es importante la presencia del enfermo que reconoce, y porque reconoce, es modificado, es perdonado, es cambiado.

Es necesario volver al reconocimiento del pecado y a la necesidad del perdón. Hay mucha gente en la sociedad, y aún por los sistemas, que ha ido perdiendo el sentido del pecado y por lo tanto el sentido del perdón. Dicen "hay que liberarse", "hay que hacer lo que uno siente", "hay que ser libre", "hay que elegir opciones", pero son todas macanas.

Son todas macanas porque no dicen la verdad de la totalidad, dicen parte de las cosas. La totalidad es vivir en la verdad, en la fidelidad y en la perseverancia. Nosotros queremos tener conciencia del pecado y también conciencia y confianza del perdón.

Que recurramos a Dios para ser readmitidos en la comunidad y para que vivamos una vida nueva. Los tres pasos son importantes: reconocimiento, pedido de perdón y una actitud de compromiso de vida nueva.

Les dejo mi bendición.

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús